

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00
 " Extranjero " . . . 1'50

El conflicto del carbón

En el Congreso anual que los mineros ingleses celebraron en agosto último, se acordó fijar el salario mínimo en todas las regiones. En diciembre, por 445,801 votos contra 115,721, los mineros decidieron declarar la huelga general sin determinar la fecha, que se ha fijado ahora para el 1.º de marzo.

Los avisos de huelga han sido ya dirigidos a las compañías, según el plazo preventivo que señalan las leyes inglesas y los contratos colectivos de trabajo.

La huelga se declarará, seguramente, a juzgar, según dice un diario, por los telegramas recibidos por comerciantes españoles.

El número de mineros asciende a 850,000, a los cuales hay que añadir 250,000 trabajadores de oficios símiles.

Los patronos han declarado que no pueden aceptar las proposiciones de las Trades Unions.

La huelga de los mineros de la Gran Bretaña entrañaría la parálisis general de la industria del país, sobre todo si, como se asegura, los obreros de transportes se solidarizan con los mineros.

Para tratar sobre la huelga se reunieron días pasados en Londres el Comité de la Federación Internacional de mineros y los delegados de la Gran Bretaña, Francia, Austria, Alemania, Holanda y Bélgica, acordando éstos solidarizarse con sus compañeros ingleses, lo que puede aumentar el contingente de huelguistas de una manera incalculable.

Como se ve por lo que antecede, el conflicto minero de Inglaterra puede ser internacional.

En España apenas hay quien se entere de estas cosas; pero lo cierto es que los motores de la industria española, a pesar de que en España tenemos buenos y abundantes yacimientos de hulla, funcionan, en su gran mayoría, con carbón inglés y con maquinaria inglesa, francesa y alemana, por lo cual nuestra desidia y nuestra ignorancia no nos librará del conflicto.

Si se suspende la extracción de carbón en Inglaterra y las organizaciones obreras europeas se solidarizan sin contar con España, parecerá justificada aquella nota geográfico-fantástica: «el África empieza en los Pirineos.»

Dos organismos teníamos, la U. G. T. y la C. N. T. que hubieran debido y podido poner al proletariado español a la altura de las circunstancias; pero el Estado, con su pata de elefante, las puso fuera de servicio, sin que, en vista del próximo conflicto, ni el gobierno ni la burguesía en sus asociaciones den señales de vida.

Si los acuerdos se cumplen y las previsiones se realizan, podrá darnos carbón para la industria y el transporte terrestre y marítimo, y echáremos encima un conflicto político y económico gravísimo, porque representará para España una huelga general forzosa.

De el saldremos como podamos. Todos los años tenemos grandes inundaciones que anegan campos, destruyen cosechas, derriban casas, causan víctimas, arruinan fortunas y a continuación, abandonando la frase «castillos en el aire», recurrimos a la «política hidráulica» y formulamos proyectos de diques y canalizaciones que olvidamos cuando las aguas vuelven a su cauce y los campos se secan, y España sigue cada vez más española. Pues así sucederá con la falta de carbón: se arruinará algún burgués, se morirán de hambre algunos obreros, emigrarán algunos centenares más que los de costumbre, se reparitarán sablazos, se incoarán procesos y tal día hará un año.

En cambio en Inglaterra, según la prensa

burguesa, parece que la crisis minera es una pesadilla, y los arbitristas surgen por todas partes: unos hablan de la intervención del rey, otros de un debate urgente en el Parlamento para la nacionalización de las minas, de la participación de los obreros en los beneficios, de la adopción del salario mínimo, del tribunal mixto, de arbitraje, etc.; pero ni una palabra de la expropiación y consiguiente fin del salario y del derecho de acción: sólo hay intranquilidad patronal, tenacidad obrera, habilidad gubernamental y detrás una fermentación de intereses y pasiones que puede condensarse en tempestad violenta con normalidad subsiguiente fuera del alcance de la actual previsión.

En las otras naciones que pueden sufrir las consecuencias de la temida crisis, y aun verla complicada con huelgas de los obreros del transporte marítimo y ferroviario, hay también su correspondiente agitación, sin que se plantee todavía el problema en sus verdaderos y racionales términos.

Afortunadamente, el proletariado, que es, por estacionamiento de todo privilegiado, propietario y capitalista, la fracción humana exclusivamente progresiva, si no ha hallado todavía la forma de una organización poderosa internacional, tiene su ideal emancipador y no ha delegado su representación en ningún hombre prestigioso que pudiera dirigirle, desviarle y por último venderle, aunque no ha faltado quien intentara, con más ó menos éxito, obtener esa representación en cada país. Al proletariado internacional le salva ese mismo estado de semi-organización en que se halla, que, sin darle consistencia maciza para una resistencia fuerte y tenaz, impide el caudillaje y la disciplina, que le sometería a la pequeñez de un grande hombre ó de una secta, y le predispone al desarrollo de las ideas y a las determinaciones salvadoras de su emancipación.

Hoy no es posible la dictadura internacional de un Marx; en cambio en Europa, América y en la parte modernizada de los otros continentes se agita el proletariado sin dejar un momento de reposo al capitalismo y a su complaciente amiga la autoridad, que le favorece cada día con leyes *schlarates* cada vez más positivas.

Gobernantes y diplomáticos creen que puede jugarse todavía al ajedrez sobre el mapa-mundi, como jugaban sus antecesores de hace un siglo, que se movían molestados por la ambiciosa osadía de Napoleón. No dan a la agitación proletaria mayor alcance que el de cuestión de orden público interior, porque no hay privilegiado, ni burgués, ni obrero aburguesado, ni político de buena ó mala fe capaz de comprender el ideal emancipador ni el fondo de fuerza que contiene y desarrolla el aforismo internacional «la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.»

Así vamos pasando, con socialismo fiambre, partidos obreros, parlamentarismo desahogado, diputados obreros y otros entretenimientos, hasta que la magnitud de los conflictos caigan como avalanchas irresistibles, y, tras el trastorno, surja un estado diferente y un nuevo régimen, condensando y dando forma positiva a las ideas y a las fuerzas antes disgregadas y sin eficacia práctica.

No fantasía revolucionaria, sino previsión lógica es ésta, considerando que el llamado pan de la industria, el carbón, se halla sujeto a las oscilaciones de descomunal batalla sostenida entre mineros de dividiendo y mineros de jornal, la cual, por ley natural del progreso ha de acabar fusionando ambos ejércitos en una clase única de productores libres.

ANSELMO LORENZO

Cogidas al vuelo

A propósito de la probable y próxima huelga de un millón de mineros en Inglaterra, publicó la prensa el siguiente telegrama:

«Londres.—Hay preparados 170,000 soldados para el caso de que ocurran disturbios con motivo de la huelga carbonífera.»

El caso es éste: 170,000 hombres armados pagados por el Estado, contra un millón de hombres inofensivos explotados por la burguesía, que reclaman un mínimo de justicia.

Como no hay ley que impida pensar, haga el lector los comentarios que nos está vedado escribir.

«El niño había muerto de hambre y frío.» Faltos de palabra para expresar la indignación que causa hecho tan monstruoso, recurrimos al recuerdo de este dato sociológico: en el mundo se produce triple cantidad de alimentos y de cosas necesarias a la vida que la que necesitan todos sus habitantes de cada generación. Está probado.

Si no existiera la usurpación propietaria ni su defensor el Estado, la Sociedad, libremente administrada, proveería cumplidamente a las necesidades de todos, y no podrían darse casos tan brutalmente repulsivos.

**

Unos burgueses que se atribuyen la representación de las *fuerzas vivas* de Barcelona, se han costeadado un banquete al que han convidado al gobernador por lo bien que nos gobierna.

Que los burgueses se gasten su dinero en un banquete más ¡qué importa al mundo!; pero que se tengan por fuerzas vivas, cuando en realidad son impedimento antiprogresivo que explota al obrero, verdadera fuerza vital, y le impide todo desarrollo, es adornarse con plumas de pavo real.

Y en cuanto a lo del buen gobierno... espere mos a que los trabajadores se concierten para dar un banquete al gobernador.

Hasta tanto, la gratitud burguesa es expresión de parcialidad, no de merecimiento y justicia.

**

Lerroux ha dicho públicamente el otro día: «prefiero la disciplina a la moralidad.» Por supuesto, la disciplina para los de su partido, que quiere decir obediencia al jefe.

Y de ese disciplinante esperan su emancipación los trabajadores republicanos? Prepárense a recibir disciplinazos merecidos, que no otra cosa merecen los siervos que confían su emancipación a la inmoralidad de un soberbio, que por añadidura confiesa únicamente su inmoral soberbia.

¿No leen esos trabajadores lerrouxistas? ¿No saben lo que sucede en Portugal? ¿A quién se quejarán cuando les explote y les fusile la república, después de haberles explotado y fusilado la monarquía?

**

El Sindicato agrícola de Vecla acordó pe-

dir a los Poderes públicos que condonen un año de contribución en vista de la situación angustiosa que ha producido a todos los labradores la tremenda sequía.

Los campos han estado dos años sin sembrar. Ha sido preciso arrancar los olivos y las vides secas.

La falta de trabajo y la miseria campesina, secuela de la misma, han expatriado a 7,000 obreros, que se han dirigido como emigrantes a las Repúblicas hispano-americanas en busca de ocupación.

Los Poderes públicos no condonarán la contribución a los damnificados por la sequía ni a los que han perdido la cosecha por las inundaciones, porque ¡de dónde sacarían millones para construir barcos, sostener guerras y repartir cucharadas de presupuesto?

Esperen sentados con calma patriótica los ciudadanos de ese sindicato, y todo se arreglará.

**

Moret ha vuelto a hablar de huelgas en el Ateneo de Madrid, y ha comparado la huelga general con las tremendas visiones del Apocalipsis.

¿Qué miedo! ¿Cómo asusta a los improductivos la energética voluntad de los productores mancomunados!

Por lo mismo ¡qué consuelo! ¡qué esperanza pueden fundar en esa energía todos los oprimidos por la cobardía burguesa!

**

El kaiser, el hombre que desde el trono alemán aspira al dominio universal, está que no le llega la camisa al cuerpo.

¡Oh! ¡El caso no es para menos! Por 24 votos, ¡sólo por 24 votos! no ha triunfado el socialismo en el parlamento alemán.

Por 24 puntos no les ha tocado a los socialistas alemanes el premio gordo del Pooder Poolístico!

Abisma la consideración de cómo se hubiera viera visto el kaiser con toda su infantería, su caballería y su artillería si los socialistas hubiesen llegado a obtener siquiera 25 votos más.

¿Dónde hubiera habido gallinas suficientes para engrosar los millones de ollas de los electores socialistas!

BAJO LA III REPÚBLICA FRANCESA

Los crímenes del militarismo

En Francia, los jóvenes que son condenados por un tribunal de justicia, sea por el delito que sea, antes de hacer el servicio militar, cuando ingresan en éste son destinados a servir en los Batallones de África. A los mismos cuerpos de ejército se destinan también los considerados como «malas cabezas» en los otros regimientos de la república.

De los primeros fué Luis Aernout. Obrero «terrassier», antes de ser militar, pertenecía al sindicato de su oficio, de París, cuando con ocasión de una huelga declarada por sus compañeros, hubo de verse condenado a una ligera prisión de dos meses por delito de coacciones.

Y esta simple condena, que le cogió contando 18 años, bastó para que, más tarde, se le enviase a los Batallones de África a cumplir sus obligaciones militares.

Cumpliendo las estaba hacia Junio de 1909. Una falta vanal, insignificante, sin embargo, de que se le acusó en el Batallón donde servía, motivó el que el jefe de éste le destinase, como castigo, a la compañía disciplinaria de Djenan-ed Dar.

A este punto llegó el día 1.º de Julio por la tarde; poco más de las veinticuatro horas siguientes ya estaba muerto. ¿Cómo murió? Nos lo va a contar un testigo presencial de su muerte, disciplinario también, el cual poseído de gran indignación por lo que acababa de presenciar, escribió, en aquellos precisos momentos, a un hermano suyo la presente carta:

«El jueves, a las cinco de la tarde, llegaba a la disciplinaria, donde yo estoy, un soldado llamado Luis Aernout. Como venía castigado, en seguida que llegó se le encerró en una celda. Al día siguiente, bien temprano, se le sacó de ella para obligarle a ejecutar, ante un pelotón de tiradores lo que nosotros conocemos con el nombre de «baile de castigo», un ejercicio atroz que nadie puede resistir un buen rato y que sirvió ya para que muchos disciplinarios

hayán sido sumariados por desobediencia. Y Aernout, durante ¡tres horas! que serían un siglo para él, tuvo que hacer esta danza sangrienta, siendo fuertemente apaleado por los tiradores así que cesaba en ella un sólo momento.

«Esta fué la primera parte de su martirio. Terminada que la hubo, se le hizo coger una carretilla, cargada de piedras y que estaba hundida hasta su media rueda en la arena, y de esta forma se le mandó que echase a andar con ella. Apenas podía; pero detrás de él iban los tiradores golpeándole todo el cuerpo con sus palos, a la vez que le gritaban: «camina, perro; camina...». Y al desdichado casi le era imposible dar un paso.

«Todavía no se conformaron sus verdugos con las duras pruebas a que Aernout estuvo sometido; inventaron otra peor. A un extremo y otro del patio se colocaron unas enormes bomboneras de vidrio, llenas de arena, con un peso de más de 40 kilos, y poniéndole una de ellas sobre sus hombros quisieron que caminase así, a paso de reglamento y fuese a buscar la otra y sucesivamente. Pero el pobre soldado, ya rendido y extenuado, no pudo con tanta carga y se detuvo. El teniente Sabatier, ansioso de intervenir, se dirige hacia donde quedó

parado Aernout y le incita a seguir. Imposible, imposible; le faltaban las fuerzas. Entonces, viendo que no se podía sacar más partido de él en esa forma, el teniente ordena que se le conduzca a la celda, donde le dejaron «convencionalmente» atado de pies y brazos, no sin antes haberle apaleado de nuevo y pegarle unas cuantas patadas en distintas partes de su cuerpo.

«Arrojado al suelo como un simple fardo, sin poder moverse, sufriendo de los golpes que había recibido y temblando de fiebre, Aernout pidió que se le llevase cualquier bebida para apagar su sed. Sus quejas fueron oídas por el sargento Beigner, quien, por toda contestación, le dijo que tapase su boca con la arena.

«Hacia las tres de la tarde, unos soldados, también castigados, que tenían sus celdas cerca de la de Aernout, pudieron escuchar nuevos gemidos de éste, casi los últimos, producidos por las torturas que le causaba la sed. Beigner entra otra vez en su celda al ruido de aquellos y le pregunta con brusquedad:

«¿Qué quieres tú, carraña?»

«¡Sargento—exclama Aernout—, yo tengo sed, mucha sed...»

«Una patada en el vientre fué la contestación que le dió el verdugo. Luego, para mayor martirio, le preguntó:

«¿Tienes sed ahora?»

«Sargento—dice entonces el moribundo—, yo voy a morir; pero mi madre os maldecirá...»

«A las once de la noche, los soldados vecinos pudieron oír todavía estos gritos supremos de Aernout: ¡Madre!... ¡Madre!... Después un pequeño gemido y el silencio. El martirizado había muerto.»

Aernout, pues, no murió naturalmente; él fué, como se ve por esta carta, cobardemente asesinado. El militarismo francés se cubría con un nuevo crimen.

«Pero el antiguo «terrassier» muerto, podía aún acusar a sus infames verdugos cuando se le fuese a practicar la autopsia. Y esto había que evitarlo. Al efecto, se hace que el médico encargado de la operación redacte un informe bien de acuerdo con el deseo de los martirizadores. De este informe, de este documento que iba a servir como verdad oficial, se desprende: —¡oh, burla canallal—que Aernout falleció «a consecuencia de una congestión cerebral» debida a la acción del calor» y que las lesiones que tenía en distintas partes del cuerpo, «debía de haberse las causado el mismo en un acceso de sobreexcitación». Los asesinos, hecho esto, se juzgaron a salvo.

Aun hicieron más. Al día siguiente de cometido el crimen, enviaron un telegrama al padre de Aernout anunciándole el fallecimiento de su hijo. Y como esto le pareció poca cosa, el mismo capitán de la compañía disciplinaria, con fecha 5 de aquel mes de Julio, como complemento al telegrama, tuvo el cinismo de dirigir a aquel atribulado padre una carta concebida en estos términos:

«Señor: Tengo el sentimiento de confirmaros mi telegrama del 3 de Julio, donde os anunciaba la muerte de vuestro hijo Luis, muerte ocurrida a consecuencia de una congestión cerebral.

«La víspera de su fallecimiento estuve yo en su misma celda dándole excelentes consejos, porque la conducta de vuestro desgraciado hijo dejaba bastante que desear; pero, a pesar de ellos, durante todo el día 2 se colocó en una actitud de cólera violenta y, en este estado de sobreexcitación en que él se encontraba, hubo de verse atacado por la congestión que puso fin a su vida.

«Los oficiales de la compañía, así como todos sus camaradas, se han impuesto el deber de colocar una corona sobre su tumba del cementerio de Beni Ounif que es el sitio donde se ha enterrado.

«Recibid etc., etc.»

Tanta mentira no podía, sin embargo, subsistir; varios soldados estaban enterados de todo lo que había sucedido. Ellos, indignados por lo que habían visto y oído, se dispusieron a hablar. Entonces, los jefes los amordazan, los persiguen para hacerles callar.

A uno, llamado Allaire, se le castiga con quince días de prisión y hasta se le martiriza cuatro veces en la «crapaudine»; terminada su condena, tuvo que ir al hospital de Ain-Sefra, en el que estuvo tres meses enfermo. Antes de salir de aquí, se le presenta para firmar unas declaraciones en las cuales se desmentía que Aernout fuese muerto violentamente; pero él se niega. Ni aun verbalmente quiso retractarse de nada de lo que se le pedía.

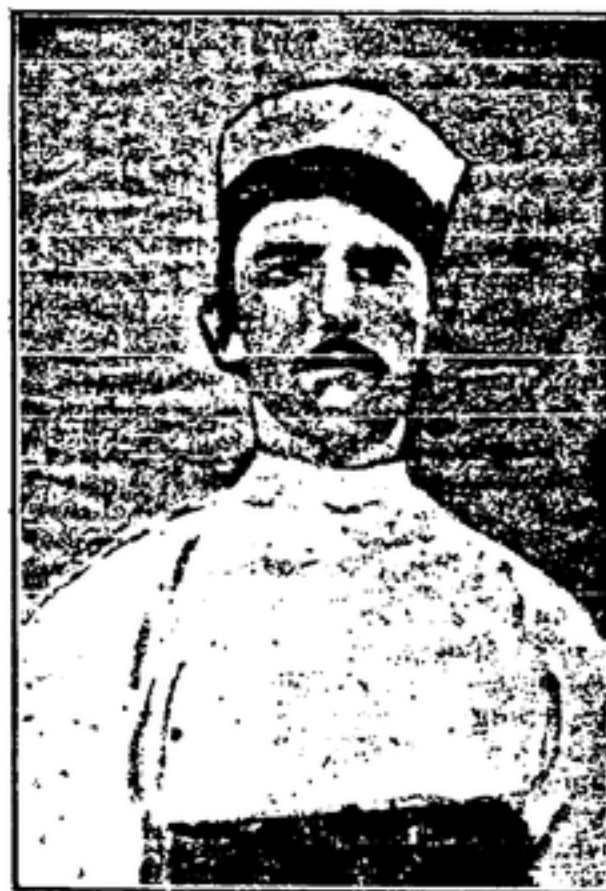
Otro, Cotte, quien estaba condecorado con la medalla de Marruecos, además de haber visto sufrir a Aernout todos sus diferentes martirios, había oído como un tirador anunció la muerte de aquél al capitán de la compañía y cómo éste, luego, dirigiéndose al teniente Sabatier, gritó: «Todavía se ha derramado más sangre aquí». Cotte, impresionado por todo esto, notificó al comandante lo que pasaba. Pocas horas después se le metía en una celda...

«La verdad corría peligro de no ser conocida... Pero quedaba aun otro que no estaba conforme con que así fuese: Emilio Rousset, un disciplinario, «un mala cabeza». Este, desde una celda, cercana a la del pobre Aernout, pudo escuchar, angustiado, la agonía del martirizado, pudo oír su último grito de: ¡Madre!... ¡Madre!... Y Rousset quiso hablar.

Firmemente decidido a ello, tuvo un gesto heroico: para que le formasen un consejo de guerra y poder, en esto, decir la verdad, se hizo culpable de un acto de desobediencia.

Los asesinos temblaron, temiendo ser descubiertos, y apalaron a todos los medios para que la voz de Rousset fuese ahogada oportunamente. Así, llegado el día de la vista se le encierra en un calabozo, y sin que pudiese dejar de oír su protesta en el consejo, éste le condena a cinco años de prisión. Su buen deseo pareció salir fallido.

Mas, entretanto, las infamias que se sucedían en Djenan-ed-Dar comenzaron a hacerse públicas en Francia. La carta que más arriba hemos insertado, de vuelta en vuelta, llegó a poder del diputado socialista Allemans, y éste



LOUIS AERNOULT